

**Marie  
McSwigan**

**Un  
tesoro  
en la  
nieve**

Traducción de  
**MONTSE TRIVIÑO**



**EDICIONES  
INVISIBLES**

## Prólogo

Esta historia se basa en un hecho real. El 28 de junio de 1940, el carguero noruego *Bomma* llegó a Baltimore con un cargamento de lingotes de oro valorado en nueve millones de dólares.

Cuando el capitán del *Bomma* solicitó una escolta policial para descargar los lingotes, salió a la luz una curiosa historia. El oro, dijeron, había pasado ante los centinelas nazis gracias a un puñado de niños noruegos que lo arrastraban en sus trineos hasta un carguero oculto en uno de los muchos fiordos de la costa de Noruega.

Para no poner en peligro a aquellos valientes niños y a todos los que habían participado en aquella moderna «fiebre del oro», no se reveló la localización del fiordo y, con la misma intención, se omitieron deliberadamente algunos detalles de la historia.

A efectos de la presente narración, se han realizado dos cambios fundamentales en las breves notas de prensa que acompañaron al descubrimiento del cargamento de oro. El *Bomma*, un barco de cabotaje, se ha convertido en el pesquero *Cleung Pearson*. Y los 56 kilómetros que en realidad recorrieron los trineos cargados de oro, se han quedado en 20. Por lo

demás, este relato reconstruye lo mejor posible, a partir de los breves detalles proporcionados en su día, cómo consiguieron aquellos niños noruegos eludir a las fuerzas alemanas de ocupación.



— ¡A

ver quién llega antes a la curva!

Peter Lundstrom se lanzó en picado con su trineo por la larga y empinada pendiente.

—No vale. Has empezado antes —protestó su amigo Michael Berg, aunque no tardó en seguir las huellas de Peter.

Las clases ya habían terminado, por lo menos aquel día, y tanto Peter como Michael estaban disfrutando de una de esas bajadas en trineo de las que los niños noruegos no se cansan nunca.

Ya en la curva, se detuvieron a recuperar el aliento. Pero el descanso fue corto, porque Peter vio acercarse otro trineo.

—¡Cuidado! ¡Que vienen las chicas!

Y, tras esas palabras, se lanzó por otra pendiente seguido de su amigo.

Peter tenía doce años y se sentía muy mayor, así que no le gustaba nada jugar con chicas. La ropa de abrigo que vestía solo dejaba ver el pelo rubio y la cara. Tenía los ojos de color marrón claro, separados y perfectamente alineados, y su mirada era alegre.

Michael, de la misma edad, era distinto en casi todo. Si Peter era alto y delgado, Michael era más bien rechoncho. Tenía

el pelo de un rubio muy claro y esos ojos de un azul radiante que suelen definirse como «típicamente escandinavos».

—¡Eh! ¡Esperad un momento! —dijo una chica de ojos oscuros, mientras llegaba con su trineo al lugar en el que un momento antes estaban los chicos.

Sus rizos negros sobresalían como si fueran salchichas por debajo de la capucha de color rojo cereza. Se llamaba Helga Thomsen y tenía el carácter intrépido de un chico. Detrás de ella, en el mismo trineo, iba una niña más pequeña, de piel tan blanca como morena era la de Helga. La niña, de diez años, se llama Lovisa y era la hermana pequeña de Peter.

—Los alcanzaremos en el mirador. ¡Agárrate! —dijo Helga. Clavó los talones en la nieve, y las dos iniciaron otra rápida bajada.

Y sí, los alcanzaron en el mirador, porque la pista de trineos trazaba una curva muy cerrada y un poco más abajo, a unos trescientos metros, estaba el mar. Peter y Michael tuvieron que frenar para no estrellarse contra el muro que protegía la carretera.

Helga, tan temeraria como cualquier chico, se lanzó directamente contra Michael y Peter, y provocó una algarabía de gritos y una maraña de anoraks, gorras, jerséis y guantes.

¡Nunca había nevado tanto como aquel invierno!

Había empezado muy pronto y, a medida que pasaban los meses, la nieve se había ido acumulando más y más. Abril era como enero: no había ni rastro de deshielo. En toda Noruega

no se hablaba de otra cosa. Los habitantes del país solo dejaban de hablar de la nieve cuando algo espantoso apartaba ese tema de sus mentes. Pero enseguida volvían a recordarlo y, de hecho, les servía para distraerse de sus penas.

En el círculo polar ártico, donde vivían los chicos, el invierno duraba buena parte del año. Los trineos y los esquís solo dejaban de utilizarse durante unos pocos meses. Pero por muy acostumbrados que estuvieran los noruegos a las largas temporadas de frío y blanca nieve, el invierno de 1940 sorprendió incluso a los más viejos del lugar.

Aquel mes de abril, las montañas parecían dormidas. A orillas del mar, no había movimiento. A excepción de los fiordos, los puertos del norte estaban bloqueados por el hielo y los canales se habían convertido en extensos campos blancos. Solo los fiordos parecían vivos, con sus agitadas aguas oscuras y sus bloques de hielo flotantes. Aquellas tumultuosas corrientes fluían demasiado rápido para congelarse, por lo que siempre eran como vías hacia el mar abierto.

En el mirador, los cuatro amigos seguían jugando alegremente. Peter y Michael trataron de lavarle la cara a Helga, pero la nieve estaba demasiado dura y compacta, y no puede decirse que el lavado de cara resultase muy divertido. Helga, en cambio, consiguió meterle un puñado de nieve en la espalda a Peter y eso sí que fue divertido, porque a Peter le costó un poco sacársela de encima para evitar la desagradable sensación del hielo cuando se derrite.

Cansados ya de pelear, los cuatro se sentaron en sus trineos. Cuando Michael, aburrido, lanzó una bola de nieve al regazo de Helga, la niña se puso en pie para sacudirse el vestido y, al hacerlo, se volvió hacia el mar.

—¡Eh, Peter, ahí está tu tío Victor! —dijo, sorprendida—. ¡Y Rolls, el oficial! ¡Mira!

—Anda ya, estás loca —dijo Peter, que ni siquiera se molestó en ponerse en pie.

—¡Es tu tío Victor, de verdad!

—Pero..., ¿qué va a estar haciendo aquí? No creerás que ha venido a pescar en esta época del año, ¿verdad?

—Que sí que es él. Ven a ver.

Helga parecía tan convencida que Peter se puso en pie, aunque solo fuera para decirle que no tenía razón.

Allí abajo, a varios kilómetros por carretera pero a muy poca distancia en línea recta, el tío Victor estaba dejando un rastro de huellas en la dura nieve. Tras él avanzaba el fornido Rolls, primer oficial al mando de la flota pesquera de Victor Lundstrom.

—¡Holaaa, tío Victor! —dijo Lovisa, que ya se había puesto en pie y se había asomado al muro del mirador. Pero el hombre no la oyó.

—¡Holaaa! —gritaron los cuatro a coro, haciendo bocina con las manos para que el sonido llegara más lejos.

En ese momento, Victor Lundstrom oyó sus voces y miró hacia arriba. Sin embargo, no los saludó tan alegremente como los

chicos esperaban. Se limitó a levantar un brazo y siguió caminando. Rolls también los vio y les dedicó un saludo igual de breve.

Peter frunció el ceño. Aquel saludo no era normal en su tío Victor. Más bien tendría que haberse puesto muy contento de verlos, ¿no? ¡Sobre todo después de un viaje tan largo! Victor era el pariente favorito de Peter; más aún, era su héroe. A diferencia del padre de Peter, que era banquero, Victor llevaba una vida aventurera. Era uno de los mejores pescadores en aquellas tierras de expertos marineros. Era, además, el dueño de una flota entera de barcos de pesca y, por lo que Peter sabía, navegaba por todo el mundo. Cada vez que regresaba de un viaje, traía montones de historias asombrosas que contar. El tío Victor adoraba a los hijos de su hermano tanto como ellos a él, así que a Peter le pareció raro que no se alegrara de verlos.

—¿Qué estará haciendo aquí? —quiso saber Michael.